

para regresar a España. Emocionado e inquieto, se puso a preparar el viaje. No contaba con mucho tiempo si quería embarcar en la flota que ya estaba anclada en el puerto de Veracruz. Con la ayuda de su hijo Juan y de sus colaboradores, empaquetó cuidadosamente su impedimenta. Regresaba con cajones y arcas llenas de manuscritos, dibujos, libros, herbarios de plantas disecadas y minerales. También, había organizado bultos con pieles curtidas de animales, plumas de luminosos colores y hasta algún animal disecado. Tenía bien ordenados, y los cuidaba más que a su propia y maltrecha vida, los barriles en los que iban, crecidas y logradas, las plantas que por su mayor belleza y utilidad consideraba que habrían de llamar la atención real. Así mismo le acompañaban numerosos sacos que contenían semillas de las plantas de mayor interés médico. El virrey Enríquez de Almansa, al notificar al rey por carta, la partida de su protomédico, nos ha dejado el prescriptivo inventario de los bienes que le acompañaban: Lleva veintidós cuerpos de libro además de los diez y seis que había enviado y lleva sesenta y ocho talegas de simientes y raíces y ocho barriles y cuatro cubetas y en lo uno y en lo otro van los árboles y yerbas que V.M. mandara ver.

Superadas ya por completo las rencillas de los primeros tiempos, fue despedido por el mismo virrey con afecto y honores, así como por los amigos y servidores fieles, con el sentimiento de quienes tienen por cierto que nunca más se volverán a encontrar.

Hernández partió de Veracruz a mediados de febrero de 1577, instalado en la nave capitana de la flota, comandada por el general Antonio de Manrique. Era un hombre viejo, cansado y muy enfermo. Atrás quedaba el científico lleno de entusiasmo y energía que siete años antes había arribado a este mismo puerto. Habían sido años de trabajo agotador, sin descanso, años de dificultades sin cuento, de eludir la muerte en varias ocasiones... Ya sólo una obsesión alentaba sus escasas fuerzas: Ver su obra impresa y por ella, recibir el reconocimiento científico merecido y las mercedes reales correspondientes a su ingente labor. Le avalaban incluso las recomendaciones del mismo virrey a Felipe II: Y él merece que V.M. le haga merced en recompensa de sus trabajos, porque ha servido muy bien y con mucho cuidado como las obras darán testimonio y le cuesta parte de su salud, pues la lleva bien quebrada.

Su debilidad le obligó a pasar casi toda la travesía postrado en el lecho. Sus acompañantes temieron en varias ocasiones por su vida. Pero a él le preocupa-

ban sobre todo sus plantas, que se mantuviesen vivas para el rey. Podemos imaginar las tensiones que debieron surgir entre los tripulantes cuando vieron como el agua racionada para ellos, se utilizaba para regar aquellos toneles. Sea como fuere, las plantas llegaron lozanas a Sevilla.

Hernández dedicó los escasos momentos que sus fuerzas se lo permitían, a revisar el buen orden de los libros que llevaba y a iniciar algunas cartas destinadas a los amigos de Castilla. De todos los manuscritos que le acompañaban, nueve libros constituían la traducción comentada de la obra de Plinio, aquella que él mismo consideraba superior en tamaño e importancia al Dioscórides traducido por Laguna. También traía una serie de tratados filosóficos redactados durante horas entresacadas de las que debía haber dedicado al descanso y cuidado de mi salud. Así mismo, portaba los manuscritos sobre las plantas de las Islas Canarias y Haití y sus apreciadas Antigüedades sobre la historia y cultura de los indios de Nueva España.



También formaban parte de su monumental producción la Historia natural de México, un libro que trataba sobre mineralogía y zoología. Un tratado sobre los tiburones: De pisce tiburona. El ensayo sobre la epidemia del Cocoliztle. Dos volúmenes de borradores y "rascuños"; es decir, anotaciones realizadas durante sus exploraciones y por último, también las tablas, mapas y relaciones cosmográficas elaboradas por Francisco Domínguez.

Pero los más apreciados por él, de los que no se separaba, eran los borradores De historia plantarum Novae Hispaniae. Esto es, una copia en latín de los libros que había tenido que enviar al rey, hecha porque no quería desprenderse de una obra que amaba más que a su propia vida. Y fue una suerte, porque si hoy la conocemos, es debido a su afortunada desconfianza, ya que las traducciones al nahuatl y al castellano venían sin terminar.

A finales de agosto de 1577, cuando la flota arribó a Sanlúcar de Barrameda, los médicos de la armada, que lo habían atendido durante la travesía, dudaban de que lograra llegar con vida a Madrid. De ahí su consejo de que desembarcase en Sanlúcar, para evitar los diez días que todavía se tardarían en remontar un Guadalquivir ya sólo navegable con marea alta. Hernández, que se sentía muy débil, obedeció dócilmente. Su hijo Juan cuidaría de sus pertenencias hasta que volvieran a encontrarse en Sevilla. Mientras él descansaría unos días en Jerez de la Frontera en casa de un viejo conocido. Allí, empezó a recuperar fuerzas y se enteró de que